

VIENA. IGLESIA RUSA.

## CAPÍTULO XLVI.

DE VIENA Á SAN PETERSBURGO.

El Hotelero de Viena. — Frontera rusa. — Dificultad para el paso de libros. — Varsovia. — Terrenos rusos. — Estanislao Poll. — Vista de San Petersburgo. — Hoteles. — El pro y el contra de la Civilización.

9 de Setiembre.

Por la mañana salí de Viena para Varsovia. Al arreglar mi cuenta con el administrador del Hotel, encontré que me cobraba desde el día 1º de Setiembre, siendo así que había llegado á esta ciudad en la mañana del día cinco: le manifesté que estaba equivocado, él se confirmó en su dicho; le mostré mi cartera en que tomo nota de mi viaje, él me enseñó el libro diario de su oficina. La hora de tomar el tren estaba próxima... Comprendí que este administrador era un ladrón ratero y miserable, que hubiera sido fácil lle-

varle ante un juez y probarle su infamia, pero necesitaba de un intérprete, de testigos, y sobre todo de perder tiempo, cosa valiosísima en un viaje, así es que pagué lo que me pidió y me dejé robar sin el consuelo siquiera de dar un bofetón á este desgraciado, porque ésto hubiera originado que tuviese yo que comparecer ante un juez, y retardado mi marcha.

Aunque soy de opinión que el viajero no debe violentarse por las pequeñas estafas que le hacen en las grandes ciudades, confieso que hay ocasiones en que es difícil la moderación.

Con este suceso, tristes reflexiones se me han ocurrido. Cuando los Franceses y Austriacos invadieron á México, su dicho favorito era que los Mexicanos eramos ladrones (*voleurs*): es cierto que entre mis paisanos, como en todo el mundo, hay hombres obcecados que viven del robo y del pillaje; pero estos seres miserables, afrenta de la humanidad, al entregarse á esa infame carrera, quiebran del todo con la sociedad, y arriesgando á todas horas su existencia, moran en los profundos bosques ó en las escarpadas montañas, salen de sus guaridas sólo para dar sus asaltos, y están de continuo privados de los goces tranquilos y continuados del hombre honrado.

Los ladrones de los pueblos civilizados y grandes capitales de Europa son más impudentes y veinte veces más criminales: viven confundidos con la gente industriosa y trabajadora, gozan de todos los beneficios de la sociedad y del manto protector de las leyes: al robar, están seguros de no arriesgar ni su vida, ni su reputación: ejercen su rapiña con extranjeros que ignoran el idioma, ó con personas á quienes las circunstancias del momento ponen en la incapacidad de perseguirlos ante un tribunal, ó de castigarlos por su propia mano; al despojar á los demás se ponen á mansalva con un cinismo que irrita.

Si yo hubiera llevado á este austriaco bribón ante un juez, y la fortuna me hubiera ayudado á presentar testigos y á probar mi aserto, ¿qué hubiera resultado en último término? que el criminal á lo más hubiera confesado que se equivocó al asentar la fecha de mi arribo al hotel, ó que por las prisas y ocupaciones del momento, escribió un 5 muy semejante á un 1: con lo que el juez se habría dado por convencido, y ningún castigo hubiera aplicado á su delito.

Hidalgos y nobles aparecen los bandidos de México, asaltando á balazos á los viajeros en la encrucijada de un camino, al lado de estos seres degradados é inicuos que no tienen el valor ni la terrible majestad del crimen.

Á las nueve de la noche llegué á la frontera de Rusia.

Allí se bajaron los equipajes para ser registrados: todos los pasajeros tuvimos que presentar nuestros pasaportes.

Traía á la mano el mío, que había hecho registrar en París, por el Sr. Montluc, Agente Comercial de la República Mexicana, y que presenté también en Bayona



al embarcarme para España y luego en Barcelona para salir de la Península : siendo además pequeño mi equipaje, pues consistía sólo en mi paletó y un saco de noche, por haber dejado el resto en París, no tuve dificultad alguna para penetrar en el Imperio Ruso.

Pero no así los demás pasajeros ; sus equipajes fueron registrados de una manera escrupulosa : para que pasasen los libros que se les encontraban, era preciso que no tuvieran ningún pensamiento contra el Gobierno y la Religión que se profesa en Rusia ; así es que si la obra ó publicación es nueva y no se sabe su contenido por los empleados, la retienen y no la dejan pasar sino cuando la han leído.

Estas trabas en un pueblo que se tiene por civilizado, me parecieron exageradas.

Mientras pasaba el registro de los equipajes me metí en el *buffet* de la estación, en donde me propusieron y acepté, cambiar billetes franceses por papel moneda ruso. Los billetes franceses son los que el viajero se debe procurar para viajar por todo el mundo, pues en todas partes se cambian, ganándose un buen premio : como París es la capital de la civilización y de la moda, todos los comerciantes de los demás países que tienen con ella relaciones, desean tener billetes franceses para sus giros.

#### 10 de Setiembre.

Después de caminar toda la noche, durmiendo la mayor parte de ella, pues se sentía frío y el gabinete del tren estaba bien acolchado y cómodo, llegué á las siete de la mañana á Varsovia, antigua capital del reino de Polonia. (610 kilóm.)

Sólo un rato se detuvo el tren. El aspecto de Varsovia, esa capital del desgarrado y más infortunado de los reinos, es bello y esencialmente poético.

Levantada á la orilla izquierda del caudoloso Vístula, sobre cuyas aguas tiene un grandioso puente, ostenta hermosos edificios y soberbios templos.

Es proverbial la hermosura de las hijas de Varsovia, y con bastante fundamento, á juzgar por las jóvenes que vi en la estación del ferrocarril.

Mucho sentí no poderme detener más tiempo en esta ciudad tan romántica y bella como infortunada ; pero el deseo de visitar á San Petersburgo antes de la entrada del invierno, en que los caminos se ponen intransitables, me hizo seguir sin interrupción mi marcha.

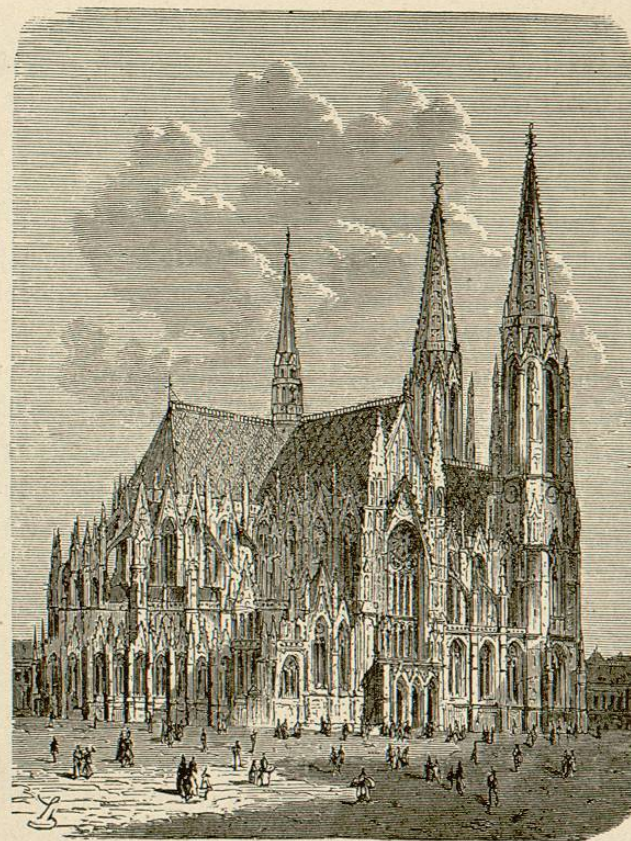
#### 11 de Setiembre.

Ayer todo el día y anoche toda la noche, hemos caminado sin detenernos más que breves momentos.

El camino de Varsovia á San Petersburgo pasa por terrenos poco montañosos y llenos de pantanos ; las estaciones del ferrocarril son pequeñas y mal

servidas las fondas ; se da á los pasajeros un pan negro de un sabor detestable.

Me ha tocado la buena suerte, desde que salí de Varsovia, de traer por compañero de viaje á un joven de esa ciudad, que estudia mecánica en San Petersburgo y que me ha servido de mucho : además del ruso habla el francés y el italiano.



VIENA. IGLESIA DE LA NATIVIDAD.

Me sirve de intérprete, me hace todas las indicaciones que se necesitan para tener un buen camino, y usa para conmigo de todas esas finezas y atenciones que sólo se acostumbran entre los amigos de infancia.

Al saber por él otros compañeros de wagón, que yo venía desde México y me dirigía á San Petersburgo con el exclusivo objeto de conocerlo, muy admirados, como el Moro de Tetuán, me dijeron : « ¡ V. será inmensamente rico : venir desde tan remoto país hasta aquí, recorrer cerca de cuatro mil leguas por sólo conocer estas poblaciones !.... »

Yo les contesté de una manera ambigua, haciéndoles comprender que tenía algo, para no destruir su creencia ; pero para mi interior me reía. Si estas gentes supieran que soy un hombre que al volver á mi país, no contaré con un duro de capital, me tendrían por un calavera.



Tales son los caprichos del mundo : seres que nadan en la opulencia y que disponen de tiempo para recorrer pueblos, estudiar sus curiosidades y admirar en la dilatada superficie del globo los sorprendentes espectáculos de la naturaleza, están quietos en su morada y son felices con seguir una existencia monótona, con crecer, vivir y declinar, como las plantas, en la misma región en que nacieron.

Somos los de modesta fortuna, y que alcanzamos á fuerza de industria y personal trabajo los medios de subsistencia, los que tenemos el gusto por las correrías en el mundo, y vamos en busca de lo sorprendente y maravilloso, por lejano que se encuentre.

Igual contraste se observa en otro orden de consideraciones : hay quien, con buena salud y una hambre devoradora, alcanza sólo unos mendrugos que comer, mientras que otro, que dispone de una opípara mesa, tiene un estómago enfermo que no tolera alimentos : seres de una compleción privilegiada, en cuyo seno se inflaman pasiones inextinguibles, y que sea por su exterior ó por las circunstancias que los rodean, son repelidos por los objetos que ambicionan, al lado de entes degenerados á quienes en vano mima y acaricia lo que la naturaleza tiene de más hechicero ; en los colegios vemos con frecuencia que aquellos jóvenes que disponen de libros, de gabinetes de lectura y de la tranquilidad de ánimo que resulta de tener todo lo necesario, apenas hojean sus obras, mientras que los desheredados que consiguen sólo por momentos esos libros, y que, á la vez que estudiar, tienen que ganarse la diaria subsistencia, son los más aventajados, y los que con el trascurso del tiempo vienen á ser hombres de ciencia que honran á su país.

Engolfado en estas ideas, llegué á una de las estaciones donde se detuvo el tren algunos minutos para que almorzáramos. Al continuar la marcha, subió á nuestro wagón una familia en la que venía una joven como de diez y ocho años, de hermoso talle é interesante fisonomía, aunque había en sus maneras algo de ese aspecto de las mujeres que se dedican á la gimnasia, un cierto tinte varonil.

Habiéndole llamado la atención acerca de ella, á mi inseparable compañero Estanislao Poll, que así se llama el joven de Varsovia, me informó que aquella niña era estudiante de medicina en San Petersburgo.

Aunque enemigo de que las mujeres sigan esta clase de carreras, demasiado laboriosas y serias para su sexo, pasando como hombre práctico por este especial hecho consumado, manifesté á Poll, que ya sabía que si me enfermaba en San Petersburgo, aquella joven debía de ser mi médico, aunque fuese á hacer ensayos en mi persona.

Poll rió de buena gana y algo daría á entender á la estudiantilla, pues ésta cuando me miraba no dejaba de sonreír.

El frío va siendo más y más intenso á proporción que caminamos.

Dos horas antes de llegar á San Petersburgo, empecé á ver las cúpulas doradas de uno de sus templos. Con qué majestad se destacan en el azul límpido del horizonte, sobresaliendo en un agrupamiento de edificios, que como vaga é informe mole rompe la uniformidad de una extensa y dilatada llanura.

El sol que desciende á su ocaso, da con sus oblicuos rayos un aspecto de severa magnificencia á este panorama del todo oriental.

Á las siete de la tarde llegamos á San Petersburgo, que á primera vista es población muy hermosa (1,180 kilóm.).

En las estaciones del ferrocarril, he observado que en Rusia é Italia los hombres se abrazan y besan en los labios cuando se alejan ó vuelven de grandes viajes : en México y varias partes de Europa, se abrazan ; en los Estados Unidos sólo se dan la mano.



VIENA. EL PARLAMENTO.

Poll después de haberme conducido en un carruaje hasta las puertas de un magnífico hotel, se fué á su alojamiento que es una pensión de estudiantes.

Los salones y cuartos de este hotel son hermosos y están amueblados con el lujo y *comfort* de las grandes capitales europeas.

Las populosas ciudades unidas por líneas de vapor ó por ferrocarriles, se parecen todas en el servicio de sus grandes hoteles ; diríase que son de un mismo propietario, y que el mismo reglamento se sigue en todos ellos.

La vida interior de hotel es semejante en Nueva Orleans, San Luis Missouri, Filadelfia, Washington, Chicago, Nueva York, Liverpool, Londres, París, Madrid, Roma, Nápoles, Viena y San Petersburgo.

Todos los pueblos á donde va llegando el ferrocarril, se van poniendo á



la misma altura. No parece sino que la civilización es un líquido que en todas partes busca su nivel: nivel que le señalan los telégrafos y le facilitan las vías férreas. En todas estas grandes capitales hay el mismo servicio de hoteles, los mismos vicios de la sociedad y las mismas ventajas de la civilización.

Si bajo la influencia de un narcótico, se pudiera pasar de un hotel á otro, del uno al otro continente, aunque los separan millares de leguas, antes de hablar con las personas que le habitan y sólo por la distribución de las habitaciones, lujo de los muebles y servicio interior, creeríase que no se había cambiado de ciudad.

Al ver el hombre observador que los sentimientos humanitarios, la buena fe, la sencillez en las costumbres, y esa inclinación innata que hace al hombre amigo del hombre, se desvirtúan y casi se extinguen en los pueblos á que llegan los telégrafos y los ferrocarriles, no puede menos de preguntarse si la civilización es un bien ó un mal para la humanidad.

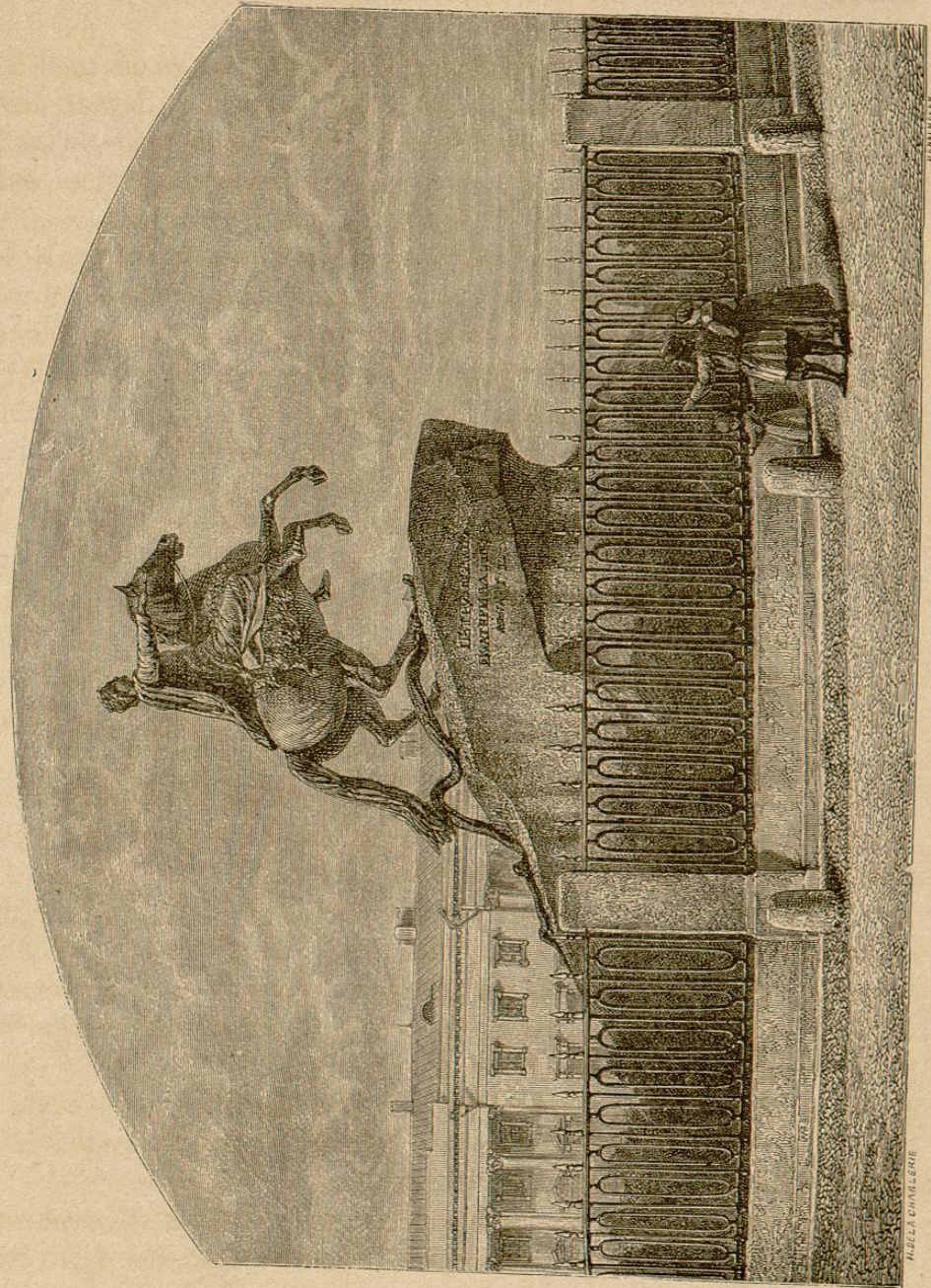
Un viajero cualquiera llega á un pueblecillo de América, ó bien de Francia, España, Alemania ó Rusia, pueblecillo arrinconado y comunicando sólo por carreteras ó caminos vecinales con el resto del mundo: en cada casa encontrará un hospitalario albergue; su cama, su techo, sus alimentos serán la cama, el techo y los alimentos de aquella familia que es feliz al proporcionárselos, sin la más remota idea de retribución.

Si se enferma, será atendido con la solicitud y esmero con que se atiende á un hermano; y al alejarse, dejará recuerdos en aquel hogar por toda una generación.

Pero si mañana ese pueblecillo fuera cruzado por el ferrocarril, con la llegada de empresarios, negociantes, soldados y caballeros de industria, su sencillez se tornará en corrupción, sus costumbres se depravarán, su hospitalidad é indiferencia por el dinero se cambiarán en sórdida avaricia; más que casas, habrá cantinas, posadas y hoteles: en cada pasajero se verá á un enemigo á quien desvalijar: si antes se brindaba con albergue y alimentos gratis al transeunte, ahora al que pide un vaso de agua se le cobra, y por cuantos medios imaginables hay se trata de apropiarse su dinero.

Los antes humanitarios y sencillos habitantes son otros tantos impudentes negociantes que, apostados en tabernas, cantinas y barracas, junto á la estación, se disputan el privilegio de especular con los transeuntes.

Lejos de mí la idea de condenar las inmensas ventajas que trae consigo cierto grado de civilización; pero entre la suma ilustración de un París y un Londres, donde el pudor, la honra y pureza de las mujeres no es muy común, donde la nobleza y los sentimientos humanitarios en el corazón del hombre están amortiguados; y el lamentable atraso de una aldea, en la cual un cura fanático y adocenado es el director de las conciencias, en donde el libre



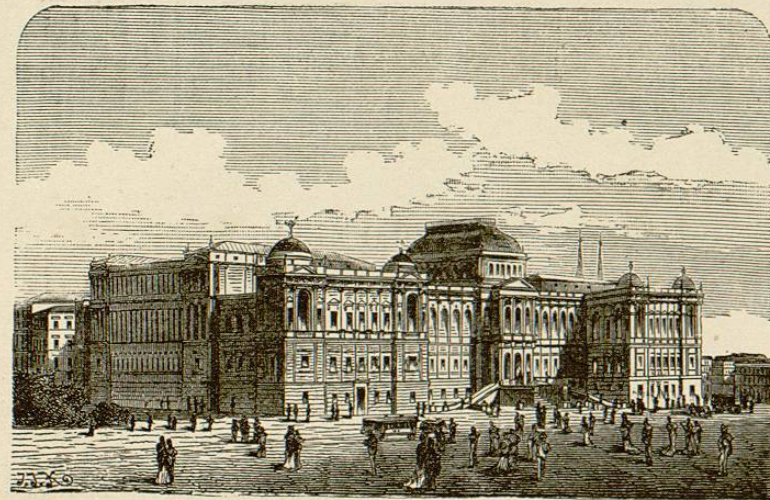
SAN PETERBURGO. ESTATUA DE PEDRO I.

Paris. — Imp. Ch. Unsinger.



pensador está expuesto á ser arrojado á las llamas por hereje ó ateo, y en que cualquier embaucador ó charlatán puede disponer á su antojo de la vida é intereses de una gente ignorante y cándida, no sabré ciertamente que escoger.

Yo diría que así como para esposa no quisiera una mujercilla ignorante y sin educación, que con su disparatada charla y rústicas maneras me abochornara, cada vez que debiera presentarla en sociedad, ni tampoco una literata, poetiza ó bachillera que entregada á sus tareas literarias se olvidase de mí, ó que en sus ratos de mal humor me reprobara mi falta de ciencia, ó el no saber de memoria los autores clásicos; sino que buscaría una mujer en quien una mediana y regular educación estuviese adunada con un corazón inocente



VIENA. LA UNIVERSIDAD.

y puro, y con esos sentimientos de ternura y de candor que hacen de una criatura un ser adorable; del mismo modo desearía á los pueblos un grado de civilización que, dándoles á conocer lo necesario para vivir en sociedad, les conservara íntegros sus sentimientos morales; que con el pito de los ferrocarriles, la inundación de los libros y las redes del telégrafo, que con la fiebre de los negocios, no perdiesen su natural bondad ni se relajasen sus costumbres.

Estas reflexiones se me ocurrían porque en el camino para esta capital, Poll me informaba que era difícil encontrar una nación con habitantes tan hospitalarios y bondadosos como los Rusos; que se notaba en ellos verdadera satisfacción en servir al viajero que llegaba á sus casas, y que ésto se observaba en todos los pueblos, con excepción de aquellos que están cruzados por el ferrocarril, en que el deseo del lucro es lo único que domina.